

# **TARANTELLA**

**SeisDoble**



[8]

# TARANTELLA

Rafael Guerrero



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

© Rafael Guerrero, 2023

© de esta edición, MENOSCUARTO EDICIONES, 2023

Ilustración de portada: MIGUEL NAVIA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-95-7

Dep. Legal: P-78/2023

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Cardenal Almaraz, 4-1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«¡Me ofendes! ¡Si tú me dices que no hable  
de una cosa, yo no se lo digo ni a Dios!»

*(La forma del agua, ANDREA CAMILLERI)*



## 1. LA LLAMADA DE LA FILOSOFÍA

En la frontera de los cuarenta, Sonia Ruiz, mujer tan segura de sí misma como consciente de su vulnerabilidad, capaz de las mayores explosiones de ira, de ternura, de compasión o de venganza, tan proclive a la euforia como a la melancolía, tan fiel con sus gustos como infiel con lo circunstancial, tras el último caso reseñable, pero en particular tras el penúltimo, decidió que tenía que cultivarse las emociones, el lenguaje y la conducta.

Se sabía impulsiva, y ese rasgo de su carácter le había granjeado —y lo seguía haciendo— tantas simpatías como enemistades, tantos contactos como murallas. Mantenía estas reflexiones en la comodidad otoñal de un sofá que no pocas noches hacía las veces de cama, confortable y adaptado a su cuerpo.

Sonaba *Mayéutica* de fondo. Robe Iniesta era una de esas incondicionalidades irrenunciables, quizá porque la comunicación solo se producía unívoca, de él a ella, y al no intervenir el *feedback* facilitaba una relación que solo dependía de los estados de ánimo de la detective. Sin embargo, se propuso explorar otras músicas al margen del citado y de Extremoduro, ampliar su catálogo

de recurrencias musicales para ampliar a la vez la discoteca de sus oídos. Pero no sería hoy porque estaba visionando, al tiempo que atendía un hilo de Twitter, la primera temporada de *Merlí*, una serie catalana —obviamente en la versión castellana— que versaba sobre filosofía y que le había recomendado su terapeuta filosófico. La procrastinación como motor de sus evoluciones cotidianas cuando acechaba la indolencia.

—¿Terapeuta de filosofía? ¿Qué te han dado, Sonia? ¿Eres tú?

Esther replicó telefónicamente de ese modo, con los ojos como asteroides, cuando la detective más arriesgada de Madrid y parte de Móstoles telefoneó para animarla a que se inscribiera con ella en un programa de filosofía que tenía por objeto reenfocar la vida sirviéndose de las enseñanzas de algunos de los filósofos más ilustres de la historia.

—Tenemos una edad, Esther. Necesitamos paz interior, un extra de iluminación para resolver la oscuridad cuando nos ciega.

—Necesitas un polvo, o tres. Y yo también. Déjate de filosofía, ponte esa mini que te hace buenos muslos y salgamos a repartir miradas por la noche.

—No me compensan los polvos. Necesito otra luz. Un polvo dura media hora y la conversación todo lo demás que...

—Ya quisiera yo polvos de media hora...



—No me interrumpas, Esther. Quisiera encontrar un buen conversador en mi vida, alguien que me motivase a pensar, además de que folle bien, claro. En definitiva, que quiero enamorarme, pero no de cualquiera.

—Es buena esa droga que tomas, pero yo no quiero probarla si te ha vuelto así.

Una semana más tarde, Esther Martín y Sonia Ruiz constaban como inscritas en un programa de terapia filosófica que no buscaba curar de ningún mal, sino ensanchar las miras, los ojos y el córtex frontal.

—Siempre me convences, siempre me arrastras, pero reconozco que el tipo, bueno, el profesor, es profundo además de guapo.

—Deja de pensar en lo mismo, solo en el sexo, solo en follar, Esther.

—¿Es que hay algo más? —frivolizó a sabiendas, un tanto tocada por los planteamientos existenciales de aquel nuevo hombre aparecido en sus vidas.

La de mañana sería la tercera sesión de las ocho planificadas en el programa, una por semana. Esther no había desistido de continuar las sesiones a pesar de sus rezongues verbales, solo verbales.

En la pantalla de Sonia, Merlí, un tipo que desprendía magnetismo más por la palabra que por el físico, explicaba los estoicos a sus alumnos.

—La vida es aceptación y reenfoque... —compendiaba el filósofo docente mientras Sonia, con esa tercera

extremidad que le iba creciendo a la humanidad que manejaba pantallas desde la tactilidad, consumía una mezcla de frutos secos hipercalóricos que no le remordían lo suficiente la conciencia como para apartarlos de ella.

En lo profesional se había propuesto no aceptar asuntos de rango menor. No obstante a sus propósitos exclusivistas, sus ahorros tenían la condición de finitos y su grosor no le permitiría mucho más allá de un trimestre sabático escorado a lo zen. Y ya había transcurrido el primer mes sin actividad detectivesca.

—Donde hay un ser humano, hay una oportunidad para la amabilidad —así citaba Merlí a Marco Aurelio.

—No es que tengamos poco tiempo, es que perdemos mucho —y así citaba Pol Rubio, el alumno guapo y marrullero, a Séneca en la misma serie.

Las citas complementaban, como tarea extraescolar, a las de Tulio, el profesor que tenía sometidas a Sonia y a Esther, además de al resto de los diez alumnos restantes, sin importar el género. Ese no era su verdadero nombre, reconoció cuando se presentó, pero quedaba más ilustre que llamarse Pepe o Mariano.

—Llamadme Tulio —exhortó con un timbre de voz imposible de desobedecer.

Había perdido el contacto visual diario con Pau. Desde que el grupo de los rumanos le suministrara primero la valerona, más popularmente conocida como ola de marfil, o también droga caníbal y después, cuando

el secuestro, un combinado de estupefacientes para someterlo en un estado de semiletargo, había perdido capacidad relacional, velocidad deductiva y, aunque seguía conservando la metodología y la brillantez, la chispa no le había retornado. Todavía. Los especialistas pronosticaban una recuperación total de las capacidades, solo que la droga era de muy lenta evacuación porque se depositaba en las circunvoluciones del encéfalo y alteraba la velocidad de respuesta, pero solo eso; al menos que supieran.

Él continuaba con sus secretos del CNI y como Sonia no había asumido caso alguno desde hacía más de cuarenta días, los encuentros se limitaban a un café semanal y una comunicación por WhatsApp que se había tornado protocolaria, sin el *punch* habitual, sin los clásicos desbarres escritos de Sonia, sin las llamadas a la templanza que habitualmente introducía Pau en su condición de juicioso friqui del dúo.

—¿Filosofía? ¿Tú? ¿Con esa boca sucia que tienes? ¿Moderarte? ¿Cultivarte? —se asombró Pau en la Turra Taberna, en la propia calle Tribulete, aledaña al despacho de Sonia, al que acudía solo algunas mañanas, más por inercia que por trabajo.

—Sí, Pau, debe de ser premenopausia cerebral, o sentar la cabeza —solemnizó Sonia.

—¿Estás segura de que no te salpicó un poco de esa droga que me suministraron y se te ha quedado incrus-

tada en el cerebro también? —se revolvió Pau con buen humor.

—Joder, ¿por qué piensas que no puedo cambiar? Sé que soy resolutiva, pero también verdulera de habla, quiero cambiar eso.

—Entonces perderás la esencia, te convertirás en una funcionaria de ti misma y tu reputación para aceptar los casos que no quiere nadie más en el gremio se desmoronará.

—Vete a la mierda, Pau.

—¿Te escuchas? Por fortuna no sirven de mucho esas clases a las que vas.

—Te estás recuperando, te siento bien. Te estimula mi compañía. Te está volviendo la agilidad. Si me surge un nuevo caso, igual te contrato.

Se querían, con la tibieza de los examantes con final feliz, con el enamoramiento de los desenamorados sin traumas, con la complicidad de las parejas que duermen en habitaciones separadas pero desayunan juntos. Y pese a la artillería verbal de fogueo que se perpetraban, se respetaban.

Merlí se había quitado la camisa para encelarse con una tiarrona treinta años más joven y treinta puntos más buena. La visión del torso amorfo y desnudo del profesor televisivo de filosofía le provocó una repugnancia visual que le incitó a apagar la tele y dejarse dormir, pero la

serie la nutría porque trasladaba al hoy, a través de la filosofía, los postulados de los clásicos.

Se arrebujó en el sofá. Un día más desestimó la cama como nicho para el suelo. Abril y Madrid todavía obsequiaban con madrugadas frescas, alguna incluso fría. La de hoy pertenecía a estas últimas, tanto que tuvo que echar mano a una segunda manta para mejorar la sensación térmica de su piel.

Mañana tenía previsto ir por el despacho. No sabía a qué, pero acudiría. Todavía no había llegado el momento de agitar el árbol de sus contactos para mendigar algún caso, aunque fuera meramente alimenticio.

No hay viento favorable para quien no sabe adónde va.

La frase la habían pronunciado ambos, Tulio y Merlí. Le sobrevino una fugacidad antes de anesthesiarse la consciencia, que eso es el sueño, y desechando el pecho peludo de Merlí se refugió mentalmente en las hechuras tensas del nuevo profe de filosofía, que además de conversador tenía trazas de follar intenso. Se propuso comprobarlo, pero negaría ante Esther, incluso bajo tortura, este planteamiento.